

Shri Hánuman y la Montaña de la Sanación

Basado en un relato del Ramáyana

Esta historia sucede durante la batalla épica entre el Señor Rama, una encarnación del Señor Vishnu, y Rávana, el rey demonio de diez cabezas que había raptado a Sita, la esposa de Rama. Ayudando al Señor Rama y su hermano Lákshmana en la tarea de rescatar a Sita, se encontraban Shri Hánuman, devoto discípulo del Señor, y un gran ejército de monos y de osos.

En el campo de batalla el señor Rama y Lákshmana se hallaban codo a codo, en una posición fuerte, con los arcos tensados y listos para disparar. Sus rostros estaban radiantes, sus ojos claros y enfocados. Se veían magníficos.

Rávana se acercó en su carro, con la mandíbula tensa, decidido a derrotar a los dos hermanos. Invocó el poder de sus *astras*, sus armas celestiales, y empezó a dispararlas junto con un flujo constante de flechas. El Señor Rama y Lákshmana respondieron.

Los dos ejércitos, el del Señor Rama y el de Rávana, dejaron de combatir para presenciar esta batalla entre sus líderes. Quedaban con la boca abierta, cuando los destellos de las flechas y los astras, relampagueaban como rayos. En medio de todo esto, Sri Hánuman seguía enfocando su mente y su corazón en su amado Señor. Oraba por la victoria del Señor Rama con cada fibra de su ser y repetía constantemente el nombre del Señor: *Rama, Rama, Rama, Rama.*

Ahora Rávana dirigió su atención hacia el hermano del Señor Rama. Con ojos enloquecidos de rabia, invocó un potente *astra* y, con un gran rugido, lo lanzó hacia Lákshmana.

El ejército del Señor Rama vio con horror cómo el *astra* desgarró el aire y dio en el blanco. Atravesó el pecho de Lákshmana, quien cayó inconsciente a los pies del Señor Rama. Una conmoción silenciosa cayó sobre el campo de batalla, roto solo por el grito angustiado del Señor Rama.

El Señor Rama se arrodilló junto a Lákshmana y trató de sacarle el arma del pecho, pero esta se le rompió en las manos.

Llamando a Hánuman a su lado, el Señor Rama dijo:

—Mono bendito, protege a mi hermano con tu vida. Yo voy a derrotar a Rávana y la historia de esta batalla se contará mientras el sol y las estrellas iluminen el cielo.

El Señor Rama se incorporó de un salto con renovado ardor. Ahora el combate se volvió aún más feroz. El aire resonaba con el zumbido de las cuerdas de los arcos y el siseo y silbido de las flechas. Hánuman llamó a un joven mono.

—Rápido —dijo Hánuman—, corre a traer a Sushena, el médico. Quizás él pueda salvar a Lákshmana.

Entre tanto Rávana comenzaba a cansarse bajo el constante flujo de flechas del Señor Rama. El demonio dio vuelta a su carro y huyó del campo de batalla para descansar. La batalla se reanudaría al día siguiente.

El ejército del Señor Rama se regocijó al ver retirarse a Rávana, pero el Señor estaba lleno de tristeza. Dejando caer su arco se arrodilló de nuevo junto a su hermano.

—Oh hermano mío —exclamó Rama—. No me abandones ahora. Tú me seguiste cuando fui exiliado de mi reino al bosque de Kishkindha. Has estado conmigo a cada paso del camino cuando viajaba a Lanka para rescatar a Sita. Me has apoyado toda mi vida. ¿Cómo podría luchar sin ti a mi lado?

En ese momento llegó Sushena. Apurado por Hánuman examinó a Lákshmana y le dijo al Señor Rama:

—Oh noble héroe, no te aflijas. Lákshmana aún vive. ¡Mira! Aún hay aliento en su interior.

El Señor Rama miró a Sushena, inquisitivo:

—¿Dices la verdad? —le preguntó—. ¿Puede Lákshmana sobrevivir una herida así?

Sushena asintió con gravedad, y luego se dirigió al gran mono:

—Hánuman —dijo Sushena—, tú eres nuestra única esperanza. Solo tú puedes salvar a Lákshmana.

—¿Cómo? —preguntó Hánuman—. Dime y yo con gusto lo haré.

—Será difícil. Debes lograr en una noche la tarea que normalmente llevaría muchos meses, incluso un año —contestó Sushena—. Tienes que hacer uso de toda tu fuerza y decisión, de todo el gran poder que hay dentro de ti.

—No importa lo que se requiera para servir a mi Señor, yo lo haré —replicó Hánuman.

—Debes cruzar el gran océano y volar lejos hacia el norte hasta los altos Himalayas —prosiguió Sushena—. Una vez que estés sobre las montañas busca el pico luminoso de la Montaña de la Sanación. Es rica en hierbas curativas que brillan con su propia luz radiante.

Hánuman asintió, escuchando con gran atención mientras Sushena continuaba:

—En la cima encontrarás cuatro hierbas fragantes, las Sañjivani, que restauran a los que están cerca de la muerte y curan todas las heridas. ¡Apúrate Hánuman! Junta estas hierbas y tráelas de regreso antes de que se ponga la luna y se levante el sol, y salvarás a Lákshmana.

Las palabras de Sushena encendieron en Hánuman el fuego de la decisión: si esta era la forma de salvar la vida de Lákshmana y servir a su Señor, pues que así fuera. Sabía que la tarea que le habían encomendado era casi imposible. ¡Tenía que cruzar el océano y volar hasta los Himalayas en solo doce breves horas! Sin embargo, también sabía que con la gracia del Señor Rama él podía y lograría cumplir cualquier cosa.

En cuanto tuvo ese pensamiento propicio, Hánuman creció a su total magnífica estatura. Se alzó por encima de los árboles, con la cabeza casi tocando las nubes. Ofreciéndole al Señor Rama cada aliento, cada pensamiento, cada acción, fijó la mirada en el norte distante, dio tres enormes zancadas y se lanzó al aire.

Voló como un cometa llameante a través del cielo. Voló con la rapidez de su padre Vayu, Señor del viento, Aliento del Mundo. Las nubes se abrían a su paso y pronto un viento fuerte lo levantó y lo impulsó hacia adelante. Con gratitud reconoció la ayuda del Señor Vayu mientras sobrevolaba las revueltas olas del mar. En su mente repetía todo el tiempo el nombre de su Señor:

Rama, Rama, Rama, Rama, Rama.

Bandadas de garcetas y manadas de búfalos, ríos caudalosos y lagos plácidos, ciudades pobladas y pequeñas aldeas pasaron bajo sus ojos. Se

precipitó veloz por el cielo con la imagen del Señor Rama constantemente en su corazón.

Los magníficos Himalayas pronto se vislumbraron enormes en el horizonte. Hánuman vio los grandes picos cubiertos de nieve y buscó la cima resplandeciente de la que Sushena le había hablado. De pronto la vio, brillando como una joya contra el cielo nocturno. Al acercarse, vio las radiantes hierbas curativas. Sus hojas relucían y sus tallos brillaban con luz plateada, como rayos de luna sobre el agua.

Hánuman suspiró con alivio. Por fin había encontrado lo que buscaba. Pero justo cuando iba aterrizando sobre la montaña, las hierbas místicas sintieron su cercanía y se retrajeron dentro de la tierra, llevándose consigo su luz radiante.

Sumido en repentina oscuridad, Hánuman aulló con desesperación:

—¡Ey, hierbas tontas! ¿Por qué se esconden? Esta noche pueden servir al Señor Rama y salvar a Lákshmana. ¿Qué propósito podría ser más elevado? ¿Para qué otra cosa crecen?

Sin dudarle y pensando solo en el Señor Rama, Shri Hánuman hizo acopio de todas sus fuerzas y, sujetando la base de la montaña con las manos, empezó a tirar. Un sonido atronador llenó los aires: ¡Hánuman había arrancado la montaña entera!

Levantó la montaña hasta el cielo, la levantó completa con todos sus árboles, ríos y caídas de agua, con sus creaturas grandes y pequeñas, su oro y sus cristales, y sus radiantes hierbas sanadoras. Todas las creaturas del bosque cantaron en alabanza por su hazaña. Hánuman sonrió para sí y, sosteniendo la montaña en la palma de su mano como un regalo, dio la vuelta en dirección a su Señor.

Hánuman voló rápido y alto, decidido a regresar antes del amanecer y salvar a Lákshmana. Desde sus cielos, los dioses miraban hacia abajo asombrados, cuando él se remontaba, equilibrando en la mano la montaña gigantesca.

El cielo del este se teñía de rosa y dorado cuando Hánuman regresó a Lanka. El sol estaba a punto de salir, lo que significaba que el tiempo se estaba agotando. Al ver a Sushena, Hánuman le gritó desde arriba:

— ¿Dónde pongo la montaña?

Atónito ante la visión de Hánuman cargando la montaña entera, Sushena le indicó un lugar apresuradamente. En cuanto Hánuman hubo bajado la montaña Sushena revisó las laderas en busca de las potentes hierbas y las juntó en sus brazos.

Luego llamó a Hánuman:

— ¡Rápido, llévame hasta Lákshmana! ¡Apenas nos quedan unos minutos! Yo trituraré las hierbas en el camino.

Hánuman sostuvo a Sushena en sus brazos y saltó hasta donde se encontraba el Señor Rama, arrodillado junto a Lákshmana.

Todos esperaban con el aliento en vilo mientras Sushena sostuvo las hierbas maceradas bajo la nariz de Lákshmana. Y entonces sucedió un milagro: en cuanto Lákshmana inhaló el potente aroma de las hierbas curativas sus heridas empezaron a sanar. Como si solo despertara de un sueño profundo, abrió los ojos y se sentó. Los primeros rayos del sol naciente lanzaron un destello sobre los dos hermanos mientras se abrazaban.

— ¡Oh queridísimo Lákshmana —exclamó el Señor Rama—, qué contento estoy de verte entero y sano! Contigo a mi lado estoy completo. Antes de

que caiga la noche acabaré con este demonio Ravana y nuestro exilio terminará.

Todo el ejército se regocijó y alabó a Hánuman por su asombrosa hazaña. Con los brazos en alto, gritaron:

—¡Hurra por Hánuman, el más valiente de los monos!¡Alabados sean el Señor Rama y Lákshmana, los grandes héroes de Ayodhya!

El Señor Rama y Lákshmana abrazaron a Hánuman y el Señor dijo:

—Oh excelente y valeroso Hánuman, este día has salvado a mi amado hermano. Nobilísimo y devoto discípulo, con todo mi corazón te doy las gracias.

Shri Hánuman inclinó la cabeza con humildad.

—Gracias, mi amado Señor —dijo—. Mientras sobrevolaba el océano hacia el norte y los Himalayas, pensaba solo en ti y en Lákshmana. Era tu imagen lo que sostenía en mi corazón y tu nombre lo que repetía sin cesar. Siendo así, que mi mente estaba absorta en ti y mi corazón saturado con tu amor, no había duda de que podría traerte esta montaña. Una y otra vez, veo que en el servicio a ti puedo lograr cualquier cosa.

El Ramáyana es un poema épico compuesto por el sabio Válmiki, que narra la historia del Señor Rama. Junto con el poema épico del Mahabhárata, está considerado como una de las más grandes obras de la literatura de la India.